

sino también la del ser que te arrullará y te mimará a partir de este instante. [pág. 142]

Mucho, en realidad, se aprende de la historia del país y de la vida misma con esta autobiografía escrita con ciencia, paciencia y mucha conciencia.

ANTONIO
SILVERA ARENAS

Acerca del inveterado racismo de próceres, intelectuales e historiadores

Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano

Alfonso Múnera

Editorial Planeta, Bogotá, 2005,
225 págs.

Este libro está configurado por seis ensayos independientes, entre los cuales, salvo el último, existe una perfecta ilación, como lo destaca el autor en la larga introducción que precede a los capítulos y que, por su extensión, puede considerarse como otro capítulo.

Un conjunto de ideas centrales atraviesa el texto de principio a fin, profundizando algunas de las tesis ya expuestas en una obra anterior, *El fracaso de la nación*: la exclusión consciente y premeditada de las gentes del pueblo (negros e indios) del proceso de la independencia y de la fragmentada nación colombiana por parte de los criollos “blancos” y sus herederos que han dominado este país, para presentar un relato amañado en el que solamente ellos fueron los gestores de la independencia, sin que la gente humilde aparezca por ningún lado, como si nunca hubiera existido y combatido la dominación colonial; la exclusión discursiva de los negros e indios es la expresión ideológica de la *exclusión*

real que han soportado esos mismos sectores desde la Independencia en las diversas regiones del país; en la región andina las elites construyeron un ideal de nación en el cual negaron la existencia de las clases subalternas e inventaron unos estereotipos geográficos para justificar la supuesta superioridad física y climática del centro del país —por supuesto, junto con sus habitantes, los “blancos”—, mostrando al resto del territorio como inhóspito y habitado por seres inferiores; el eje central del discurso de nación de las elites se basa en la noción de raza, ya que desde Caldas hay un intento de configurar cada región en torno a unas condiciones climáticas y un tipo racial predominante; el etnocentrismo de las elites criollas se manifestaba en su recepción de la idea de civilización, de clara estirpe europea, considerando que a ella solamente podían acceder las “razas más avanzadas”, suposición que justificaba la desaparición (o el exterminio) de las “razas inferiores”, el principal obstáculo para la construcción de una “nación civilizada”; desde el siglo XIX se construyó el mito de la Colombia mestiza, una de las falacias más repetidas desde entonces, para justificar, por una parte, el ocultamiento de los negros y los indios y, por otra, para “salvar la conciencia” de aquellos que en la práctica los perseguían, explotaban y exterminaban pero necesitaban de un discurso que invocara una pacífica integración de todas las razas en una nueva: la mestiza.

Las tesis esbozadas permiten situar la perspectiva analítica del autor en un terreno diferente al de la mayor parte de la historiografía colombiana, la cual desconoce, ayer como hoy, el papel de las clases subalternas como sujetos activos de la vida nacional. Múnera plantea claramente que su obra no es objetiva (esto es, aburrida y tediosa), ya que está comprometida con la gente pobre, la misma que siempre ha estado excluida de la historia, “que ha sufrido por generaciones las peores consecuencias de un orden político y social construido sobre la negación de sus dere-

chos básicos y la exclusión de las llamadas razas inferiores” (pág. 44). Por eso reivindica con un tono apasionado y polémico, muy atractivo en estos tiempos de conformismo intelectual y académico, la necesidad de desentrañar las negaciones y exclusiones de las clases dominantes del país en el tortuoso proceso de construcción de la nación colombiana.



Esas ideas se constituyen en una notable democratización de la historia de Colombia, en la medida en que desafía las interpretaciones convencionales, construidas incluso desde antes de la Independencia por algunos de los más ilustres intelectuales de la élite criolla (como José Ignacio de Pombo y Francisco José de Caldas) y repetidas hasta el cansancio por escritores e historiadores durante el siglo XIX y el XX. Para llevar a cabo esta tarea, el autor hizo una lectura muy cuidadosa del discurso de los prohombres de la independencia y del siglo XIX, destacándose su análisis de la obra de Pombo, Caldas, José Manuel Restrepo, García del Río, los Samper y Camacho Roldán. Para llevar a cabo sus investigaciones, Múnera se apoya en la más reciente producción historiográfica de los Estados Unidos sobre América Latina, en la que se ha profundizado en el análisis de los contradictorios procesos de conformación de las naciones en América Latina y en el papel desempeñado por las clases subalternas, resaltándose la influencia de la obra del escritor inglés Benedict Anderson *Comunidades imaginadas*.

En los diversos capítulos del libro se demuestra con lujo de detalles el abierto racismo de las elites colombianas, construido, en el caso de Francisco José de Caldas, desde los Andes centrales. Ese racismo se alimentaba con las teorías en boga en Europa desde el siglo XVIII, las cuales se difundieron rápidamente en estas tierras, siendo conocidas y asimiladas por los intelectuales criollos durante los últimos decenios del dominio colonial español. Este racismo, que no fue ni accidental ni esporádico, era un resultado de la ciencia ilustrada, una de las fuentes en que bebieron los próceres de la independencia (como Caldas). En este sentido, la modernidad imperial de la ciencia europea legitimó la construcción imaginaria de una “Nueva Granada escindida por una geografía racial en razas superiores e inferiores, en razas civilizadas y bárbaras” (pág. 78). Luego los sectores más retrógrados y conservadores del país, como los del Cauca, hicieron suyo ese discurso racista (repetimos, originado en la ciencia europea de la época de la Ilustración) —con toda su carga imperial y xenófoba—, para justificar el exterminio y persecución de negros e indios.

Múnera demuestra que el racismo se encuentra presente ya en los primeros intentos de imaginarse una nación en este territorio, ya que ello apuntaba a “identificar y hacer comprensible la geografía de los Andes como el área de la civilización y el progreso, y las tierras calientes como geografías de la barbarie y el atraso” (pág. 70). Con esta imagen, sólo se necesitaba inferir que los habitantes de esos territorios (indios y negros), en cuanto a geografía humana, eran inferiores, labor a la que justamente se dedica Caldas. Éste se imagina un territorio en el que la naturaleza había dictaminado la superioridad de unos, los blancos de los Andes, y la inferioridad de negros e indios que habitaban en las tierras calientes. En un típico determinismo geográfico, para Caldas “el indio, el negro y el mulato de las tierras bajas y ardientes eran seres despreciables, sobre los cuales no se

podía construir una sociedad civilizada, no por el color de sus pieles sino por el hecho de haber sido productos de geografías y climas degradados” (pág. 82). De Caldas en adelante, hasta el día de hoy, se ha proyectado esa imagen de nación: un territorio fragmentado y escindido en el que se encuentran dos mundos humanos separados: el de los civilizados, una minoría, y el de los bárbaros, la mayoría de habitantes que pueblan este país en sus costas, sus valles interandinos y las tierras calientes.



En el ensayo titulado “En busca del mestizaje” se efectúa una muy elaborada crítica al mito de la tolerancia racial que siempre habría caracterizado a este país, mito que no tiene nada que ver con la cruda realidad de intolerancia y persecución de aquellas “razas” proclamadas como inferiores. La crítica al mito del mestizaje se dirige particularmente a la labor de los historiadores que se han limitado a repetir la pretensión criolla de fines del siglo XVIII —en momentos en los cuales eran mayoría indiscutible los indígenas— de presentar un panorama demográfico caracterizado por el predominio de los mestizos, como se establece en el censo de 1778 con la categoría “libre de todos los colores”, la cual ha sido interpretada como expresión de mestizaje cuando en su momento simplemente era una clasificación con fines fiscales, elaborada por las autoridades coloniales con el fin de justificar el reparto de las tierras de los indios. En su crítica historiográfica, Múnera polemiza con Jaime Jaramillo Uribe,

Jorge Orlando Melo y Anthony McFarlane, quienes han presentado como sinónimos los términos *libre de todos los colores* y *mestizo*, confusión que implica, nada menos, como en el censo mencionado, la negación y ocultamiento de los negros e indios.

El mestizo es una construcción decimonónica de los intelectuales de las elites criollas y sus herederos, que continuaron una tendencia ya iniciada varios decenios atrás, como se demuestra con el caso de José Ignacio de Pombo, que nuestro autor analiza con todo detalle. Pombo, aterrado por los sucesos de Haití, les da una importancia esencial a los mulatos, como ejemplo de mestizaje en la costa caribe. Con esto pretendía evitar que los negros esclavos se insurreccionaran y acabaran con los “blancos”, como en la isla antillana y, por tal razón, consideraba necesario impulsar el mestizaje, trayendo incluso población europea, como único camino hacia la civilización. Los intelectuales del siglo XIX y buena parte de los historiadores del siglo XX asumieron las posturas de Pombo como el proyecto de nación que se impulsó en nuestro territorio. Ello tenía por objetivo esconder a las “razas inferiores” que tanto “afeaban” la nación imaginada por las elites imitadoras de las modas europeas y de sus nociones racistas y etnocentristas de civilización. En el mapa narrativo del siglo XIX fueron borrados los indios, las mayorías sociales de este territorio, quienes eran vistos como el principal obstáculo al “progreso” de Colombia. Al mismo tiempo, se bestializaba a la raza negra, señalando que su única contribución a la nación imaginada de los blancos de los Andes colombianos era su fuerza física. La negación de negros e indios a lo largo de la historia republicana de Colombia está tras el fracaso de la nación que intentaron construir las elites europeizantes.

La negación de las clases subalternas se manifiesta en las construcciones historiográficas, puesto que aún hoy entre los herederos intelectuales de la aristocrática Cartagena —que sólo viven del recuerdo de los tiempos idos— se encuentran histo-

riadores que gastan su tiempo en arremeter contra el color de la piel de aquellos individuos que tuvieron un papel central en la lucha por la independencia y que, siendo negros o mulatos, participaron activamente en la lucha de los sectores populares. Uno de los historiadores que se ocupan de “blanquear” a Pedro Romero, mulato libre de la independencia de Cartagena y protagonista de un capítulo del libro que reseñamos, es Adolfo Meisel Roca, quien dice que Romero no era negro sino “casi blanco” “con rasgos poco negroides” (pág. 158). Para afirmar esto, Meisel se basa en hechos tan discutibles como que los descendientes de Romero son blancos y se han casado con “blancos muy presantes”. Ese intento de blanquear a ciertos personajes no es nuevo en la historia de Colombia y concretamente de Cartagena —donde sus elites actuales siguen reproduciendo el racismo de otros tiempos—, ya que lo mismo se ha intentado hacer con Juan José Nieto. Esta actitud es un indicador del esfuerzo de negar cualquier participación a los negros y a los pobres en general en las luchas sociales y políticas de la historia colombiana.



Así mismo, la socorrida tesis del mestizaje generalizado en la actual Colombia desde finales del siglo XVIII pretende negar los conflictos sociorraciales y sostener que en este país, desde muy temprano, ha existido una “democracia racial” (pág. 39). En contravía de este mito, el autor demuestra como el temprano mestizaje es una construcción inte-

lectual de las elites criollas con claras pretensiones ideológicas (entre ellas negar la realidad) y la repetición de ese mito por los historiadores del siglo XIX y del XX (entre ellos los de la Nueva Historia de las décadas de 1960 y 1970) ha servido para ocultar el racismo de las elites y el proyecto de una nación excluyente e intolerante con respecto a las clases subalternas; con el supuesto de la “democracia racial”, intelectuales e historiadores están legitimando la negación del derecho a la ciudadanía que ha caracterizado al país desde el siglo XIX, ya que no se reconocía la condición de ciudadanos a negros e indios. De ahí que la mayor parte de los historiadores nieguen la participación activa de negros e indios en la lucha por la independencia y sigan repitiendo que ésta fue una obra exclusiva de los “blancos criollos”.

En el ensayo sobre Panamá se combina el análisis sobre el nacimiento del imperialismo estadounidense y su expansión en el Caribe y Centroamérica con el abandono permanente del istmo por parte de las elites del centro de Colombia, que lo veían como la última frontera a partir de una perspectiva racista y discriminatoria. No obstante, en este ensayo se encuentran algunas de las afirmaciones más discutibles de todo el libro, en la medida en que Múnera les atribuye una importancia desmedida a las elites panameñas en la “independencia” del por entonces departamento colombiano, cuando sostiene que éstas la iniciaron y propiciaron (pág. 103). Después del libro de Ovidio Díaz Espino *El país creado por Wall Street* —que Múnera no menciona en ninguna parte—, es muy difícil seguir afirmando esto, cuando ha quedado claro que la idea de independencia de Panamá se fraguó directamente en los Estados Unidos, y desde allí se tejió todo el sainete en el que participaron las clases dominantes de Panamá, con la indiferencia e incluso la oposición de importantes sectores de la población pobre del istmo. Porque, como lo recuerda Múnera aunque sin con-

siderarlo a fondo, las clases dominantes panameñas compartían igualmente los prejuicios racistas contra la gente común y corriente de ese territorio y luego, sin chistar, respaldarían la política racista y discriminatoria de los Estados Unidos hacia los negros e indios. Así mismo, en este capítulo Múnera reproduce los lugares comunes sobre el supuesto carácter independentista de los panameños en el siglo XIX, remitiéndose a las declaraciones de independencia de Colombia, sin analizarlos con detalle ni ubicarlos en su respectivo contexto. Por eso afirma que la historia política de Panamá en el siglo XIX se caracterizó porque su disposición hacia la independencia era la norma (pág. 121). Ésta es una lectura por lo menos apresurada de las declaraciones y escritos de autores panameños del siglo XIX, empezando por los textos de Justo Arosemena en los cuales se plantea una organización federal en la que participen en condiciones similares Panamá y los otros territorios de Colombia. Este presupuesto ha sido esgrimido por la historia oficial de Panamá como la expresión de un pretendido deseo de independencia durante todo el siglo XIX, y Múnera lo asume con poca distancia crítica.



Tampoco resulta convincente afirmar que los acontecimientos de 1903 se pueden explicar por los deseos nacionalistas de las clases dominantes panameñas, asfixiadas por Bogotá, lo cual tuvo mucha relación

con la forma como se construyó la geografía de la nación durante el siglo XX. Ante esto la pregunta es: ¿Por qué sólo se separó Panamá, pero no ninguno de los otros territorios que vivieron el mismo abandono por parte del Estado central y soportaron la misma discriminación y racismo (como sucedía, y sucede, en las costas y en otros departamentos del país)? Este problema no puede eludirse, porque significa desconocer que Panamá pudo constituirse en un nuevo país —único caso después de la balcanización de la independencia, en que en la América española se creó un nuevo Estado—, debido a la importancia estratégica y geopolítica de ese territorio para el naciente imperialismo estadounidense. Desde luego, esto no significa negar la responsabilidad de las clases dominantes de Colombia por la pérdida de Panamá, sino simplemente recordar que Panamá logró su “independencia” por la acción activa del imperialismo estadounidense, que aprovechó el abandono del istmo, situación que los favoreció para llevar a cabo sus planes de construir el canal en su exclusivo beneficio. De ahí que resulte discutible afirmar que el senado de Colombia fue responsable de la pérdida al haber votado en contra el oprobioso tratado Herrán-Hay, cuando ya en Estados Unidos se estaba preparando la secesión, sin tener en cuenta las decisiones que se tomaran en Bogotá. Además, la determinación del senado colombiano se constituyó en una de las pocas acciones de dignidad y soberanía nacionales en toda la historia de nuestro país, teniendo en cuenta el carácter del tratado en cuestión. Tampoco es cierto que en la discusión de ese tratado en el senado colombiano no participaron los representantes de Panamá. Claro que participaron en su discusión, puesto que allí estuvieron presentes los delegados del istmo, y uno de ellos, Juan B. Pérez, se destacó por su oposición a las pretensiones imperialistas de los Estados Unidos. Aún más: Pérez hizo el más importante y documentado alegato contra el tratado Herrán-Hay.

También resulta imprecisa la rotunda afirmación de que, después de la pérdida de Panamá, en Colombia no se escribió ni un solo artículo por parte de investigadores colombianos hasta cuando fue publicado el libro de Eduardo Lemaitre en 1972. Ésta es una afirmación inexacta, ya que sí fueron publicados algunos artículos y libros, desde la izquierda, como el libro de Anteo Quimbaya *Problemas históricos de la actualidad* (Ediciones Sociales, Bogotá, 1953), que luego fue reeditado en 1964 con el título *Problemas históricos de la actualidad: por qué el Canal de Panamá debe ser y será de los panameños*, o las referencias que hace Jorge Villegas en su libro *Petróleo: oligarquía e imperio* de 1968. Eso sin considerar el libro de Óscar Teherán, que fue escrito en 1936, si se tiene en cuenta que éste siempre se declaró colombiano a pesar de que vivió y murió en Panamá.



Aunque el libro está muy bien escrito tiene una serie de imprecisiones, entre las que podemos destacar las siguientes: “A partir de 1967 [sic], año en que David Bushnell escribió su excelente estudio sobre la administración de Santander” (pág. 15) (ese libro fue publicado en 1954); “Francisco Vergara y Velasco, Nueva geografía de Colombia, de 1892 [sic, la edición es de 1901]” (pág. 31).

Desde el punto de vista formal, a lo largo del libro se abusa del empleo de citas muy extensas a pie de página, que fácilmente se habrían podido integrar al cuerpo del texto. Y en una ocasión se recurre a una extensa cita en inglés (nota 25, págs. 29-30), de lo cual se habría podido prescindir,

pues ese recurso es muy pretencioso e innecesario. Tranquilamente se habría podido traducir la cita, para facilitarles el trabajo a los lectores que no son doctos en esa lengua. Estos detalles de forma le restan calidad editorial al trabajo señalado, lo cual no impide reconocer que la principal virtud de esta investigación radica en bajar del pedestal a los próceres patrios, a los intelectuales orgánicos de las clases dominantes colombianas y a los historiadores de la vieja y nueva historia que han reproducido y legitimado los mitos racistas y discriminatorios tanto de los héroes de la independencia como de los ideólogos europeizantes del siglo XIX.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Desastrosa redacción y lugares comunes

Leopardos y tempestades.

Historia del fascismo en Colombia

Juan Carlos Ruiz Vásquez

Fundación Cultural Javeriana, Bogotá,
2004, 265 págs., il.

De Juan Carlos Ruiz, autor de este libro, se nos anuncia en la solapa principal que es politólogo de la Universidad de los Andes y el primer colombiano en haber obtenido el título de máster en administración pública en la Ena (École Nationale d'Administration). Nos encontramos, entonces, con lo que en Francia se denomina un “enarco”, como se cataloga a los egresados de una de las instituciones académicas reservadas para la elite francesa y sus pares de otros lugares del mundo, de donde salen los funcionarios que luego se empotrarán en los más altos cargos del poder público y privado de ese país y de los lugares de donde proceden.

Pero, por lo visto en el libro que entramos a comentar, ser un “enarco” y politólogo de los Andes no ga-